

MAESTROS Y GURÚES

Por *Radha Burnier*

La literatura teosófica habla acerca del despertar de la conciencia a través de la evolución de las formas y organismos. Cuando la forma es primitiva, no organizada, y cruda en su respuesta al medio ambiente, la conciencia no puede manifestarse por completo a través de ella. Cuando la forma evoluciona, su capacidad para responder aumenta. Hay una mayor sensibilidad en los órganos sensoriales, el sistema nervioso, y el cerebro. Así, una mejor organización de la forma permite que la conciencia se revele con más plenitud.

El hombre—como es actualmente—no es la finalidad del proceso evolutivo. La literatura teosófica revela que hay un mayor desarrollo ante él. La verdad, la sabiduría, el amor, la bienaventuranza, la paz, y la bondad son inherentes a la conciencia. En los *Upanishads*, Brahma se describe como la conciencia universal absoluta, perfecta en paz, belleza y los otros poderes anteriormente mencionados.

En el hombre liberado o el Maestro, esas virtudes, que son la naturaleza misma de la conciencia, han florecido hasta la perfección, según su conciencia ha florecido por completo en perfecta medida, revelando los poderes que aún están latentes en el hombre promedio. Así, es perfecto en sabiduría, compasión, amor, y pureza exenta de egoísmo. Pureza significa la total ausencia de un sentido de separación. Perfecto amor implica el no escoger, el no dar amor a cambio de algo.

Se dice que cuando un hombre se perfecciona, ya no necesita reencarnar más porque ha trascendido el karma. Es el apego, o el egoísmo—ambos son lo mismo—lo que lo arrastra a uno al nacimiento. Porque hay un deseo de tener experiencias, de sentir estímulos provenientes del exterior, y el hombre común queda atrapado en la rueda de las reencarnaciones. Pero quien es puro y está libre de apegos porque no hay ego en él, no se halla bajo esa necesidad. Pero por compasión, puede permanecer en contacto con el mundo humano. Podríamos decir, ¿por qué los Maestros no vienen a nosotros?, o ¿vendrán si los invitamos a hacerlo? Pero ellos podrían no actuar según nuestras ideas, ni en alguna otra forma que podamos imaginarnos. Sin embargo, cuando las personas están listas, esos Sabios Seres proporcionan oportunidades para contactos, guía, y enseñanzas.



Radha Burnier

La palabra “gurú,” como muchas otras palabras, puede significar cosas diferentes para distintas personas. Se dice que denota a alguien capaz de disipar la oscuridad. Pero a menudo las personas piensan que el gurú es alguien que imparte conocimiento. El conocimiento mundano—el conocimiento menor—puede impartirse, pero no el conocimiento espiritual. Ninguna experiencia subjetiva e interior puede pedirse prestada a otro. El *Viveka-chūdāmani* indica que uno no puede buscar sustituto alguno para realizar las acciones que traerán *bodha* o despertar en uno mismo. El despertar ocurre en cada individuo como resultado de su propia preparación y trabajo. Pero a menudo las personas piensan que nada tienen que hacer, sino sólo seguir a algún gurú, tocarle los pies, o sentarse en su presencia, y él tomará entonces esa responsabilidad. Esta es una filosofía muy acomodaticia, porque le permite a esas personas seguir con su vida mundana llena de ambición, de celos, del afán de hacer dinero, de buscar poder, y demás.

Debido a que tantas personas encuentran agradable esta vía, hay otras que se prestan para jugar el papel complementario. Así, hay quienes fingen y se autodenominan gurúes, que darán un sentimiento de seguridad a quienes se lo pidan. Centren sus pensamientos en mí, dice el supuesto gurú, y usted se verá protegido de todo problema. Si quiere consentirse ante el placer—no importa de qué clase—siga adelante y disfrútelo, pero cuente las cuentas del rosario con mi fotografía, o vístase como yo le indico. El verdadero gurú, por otro lado, es un verdadero disipador de la oscuridad en la mente y la conciencia de una persona, y no le ofrecerá diversiones ni le quitará su sentido de responsabilidad para con sus propias acciones. Una de las “Tres Verdades” de la Teosofía es que cada individuo es su propio legislador absoluto, dispensador de todas las glorias o las sombras, y quien decreta sus propias recompensas o castigos.

Los sabios han aclarado cuáles son las condiciones que hay que cumplir para recibir su instrucción, ayuda, y guía. En *Las Cartas de los Mahatmas* a A. P. Sinnett se nos dice que sólo la espiritualidad que se desarrolla en una persona puede acercarle a los Maestros—“forzarlos” a ellos a prestarle atención—y esa sabiduría sólo viene a quien se aplica a “la diaria conquista del ser”. La persona debe acercarse a los Maestros incondicionalmente, libre de consideraciones materiales o de conveniencias. Pero nosotros no queremos ir incondicionalmente. Queremos mantener todas nuestras comodidades, placeres, ambiciones, y al mismo tiempo llegar al mundo de los Santos Seres.

Un sabio, según la Teosofía, jamás impone su voluntad sobre su discípulo. El no le dice en qué debe creer, porque creer no tiene significado alguno. Él quiere que la conciencia del discípulo despierte a la verdad, lo cual es muy distinto. Hay millones de personas que creen que Jesús y el Buda enseñaron el amor, pero ellos en sí

mismos no tienen el amor. Sin duda alguna, la creencia crea rigidez y fanatismo; hace daño, no bien. En *Las Cartas de los Mahatmas* se indica que la religión con frecuencia es utilizada como una muleta, pero que las personas deben aprender a valerse por sí mismas y ser libres.



Uno de los más grandes Maestros, el Señor Buda, dijo, “Sean una lámpara para sí mismos”. Y enseñó: “No hagan una autoridad de la tradición, de las escrituras, de otras personas, ni de mí; hallen por sí mismos la verdad”. La importancia de la indagación (vichāra) se enfatiza también en el Vedanta.

En *A los Pies del Maestro* se dice que uno debe escuchar cuidadosamente lo que el Maestro nos dice, porque “Él no habla dos veces”. El conferencista en una plataforma puede repetir sus ideas, porque él quiere que su audiencia concuerde con él y piense como él. Un anuncio se repite una y otra vez para condicionar la mente del lector. Pero el verdadero Maestro no trata de imponer sus ideas; él no quiere conformidad ni ciega obediencia. Él hace una insinuación, o una sugerencia, para ayudar a la inteligencia de la persona a crecer. Si el estudiante ha aprendido a pensar por sí mismo, si ha escuchado con atención, encontrará por sí mismo lo que implica esa declaración. Si alguien le dice lo que debe pensar o creer, no tocará las profundidades de esa enseñanza.

El gurú promedio le dice a las personas lo que deben hacer, lo que deben pensar, y cómo deben vestirse. Hay gurúes que gustan del culto personal, de que les laven los pies, que los atiendan. Hay algunos que claman ser más grandes que el propio Buda. Por otro lado, las cartas de los Maestros reflejan la humildad y el anonimato en el cual ellos prefieren mantenerse. Los verdaderos Maestros no se complacen en la publicidad ni en glorificación alguna, porque no hay ego en ellos. De este modo, hay una diferencia entre quienes generalmente se consideran gurúes, y los Maestros como se les describe en la literatura teosófica. El culto personal, la auto-glorificación, el decirle a otras personas lo que deben hacer, o el hacerlos dependientes, el enseñarles creencias, imponerles sus ideas, recaudar fondos para enriquecerse, tener piscinas y aviones privados—todo esto se acepta actualmente como parte de las premisas de un gurú, pero ello es enteramente incompatible con un verdadero instructor o Maestro espiritual.

El verdadero Maestro no se considera un maestro. Él no ve diferencia entre él y los demás; no hace una división entre la enseñanza y el maestro. Un gurú no puede hacer que otra persona vea lo que sus ojos no son capaces de buscar; ningún verdadero gurú pretenderá hacerlo ni querrá hacerlo. Pero el sabio puede ser útil si

uno es receptivo. Se ha dicho que cuando los dioses quieren castigar al hombre, escuchan sus oraciones. La mayoría de las cosas que las personas quieren son insensatas. Una persona puede querer que un gurú le ayude en algo que podría no ser para su beneficio espiritual. El problema viene a nosotros, y generalmente como resultado del karma nos trae una lección consigo. Por eso Annie Besant dijo, contemplando su pasado, que aunque ella renunciaría con gusto a las cosas agradables, no desearía renunciar a ninguna de las dificultades que tuvo por lo mucho que aprendió de ellas. Por lo tanto, un hombre espiritual podría no dar el tipo de ayuda que una persona ansía. Su forma de ayudar sería desde un punto de vista completamente distinto.

J. Krishnamurti señaló algo importante cuando preguntó, ¿por qué nosotros pensamos que sólo un gurú puede ayudarnos? Todo en la vida nos puede ayudar— las personas que nos rodean, la hoja que cae del árbol, la belleza que hay por doquier— todo nos puede ayudar si somos sensibles y receptivos. Nuestra receptividad debe ser igual que el deseo del gurú de enseñar. La física de Einstein no puede ser comprendida por un hombre totalmente ignorante de las matemáticas. Ni el más grande de los músicos podría enseñar a una persona demasiado perezosa para aprender. Quien se sumerge en las profundidades de lo que un Maestro dice (que podría ser imposible de explicar verbalmente por completo) debe ser receptivo. No es posible ser insensible a la vida en general, y ser receptivo al gurú solamente. Una persona es receptiva, o no lo es. Una y otra vez los que no son receptivos han abusado del maestro espiritual, no escuchan sus palabras, o lo rechazan porque no lo reconocen.

¿Cuántos de nosotros seríamos capaces de reconocer a una persona verdaderamente santa, si se apareciera en medio de nosotros sin una etiqueta? Las etiquetas pueden ser falsas. Para reconocer a un ser santo, debe haber algo dentro de nosotros que vibre en armonía con él—debe haber una capacidad para responder. Si esto falta, ¿cómo podemos beneficiarnos de un maestro?

Un gurú no puede ayudar a quien no está listo para recibir ayuda, y es sólo cuando el discípulo está listo que el maestro aparece.